

AGENCIA KRONOS EL ORIGEN

Jacobo
Feijóo

Martín
Rodríguez



AGENCIA  KRONOS



Madrid, 1849

Una escolta militar armada acompaña a un caballero elegantemente vestido con levita y pañuelo anudado al cuello.

El gentilhomme porta unas diminutas gafas de cristales redondos y tiene aspecto de académico. Tras ellos, unos pasos por detrás, un sirviente carga con una pequeña arca de cedro.

Con paso resuelto, se abren camino entre los cortesanos del Palacio Real, atravesando la larga alfombra central, y finalmente se plantan frente a la reina.

Hacen una reverencia ante Su Majestad y luego se producen unos instantes de tenso silencio.

–¿Dónde fue? –pregunta, en tono seco y sin más preámbulos, un individuo con uniforme de general que parece acompañar a la reina. Luce un frondoso bigote unido a las patillas, algo encanecido, y una amplia banda cruza su pecho. El tajo de un sable ha dejado una cicatriz en su mejilla.

–En Andalucía –contesta el hombre de las pequeñas gafas redondas–. Lo encontramos en una de las excavaciones que dirijo, en los sótanos de un convento. Es un hallazgo arqueológico único.

–¿Lo saben los carlistas? ¿Los revolucionarios? –interrumpe tajante un asesor de la reina, vestido de clérigo. Su hábito es de color morado y un ancho sombrero le cubre la cabeza. Aunque intenta disimular, se nota que está nervioso.

–Nuestros espías dicen que todavía no –le responde otro sombrío asesor, con aspecto de funcionario.

La reina, en completo silencio, hace un gesto discreto pero autoritario, y los invitados dan un paso a un lado, dejando al sirviente ante ella. El hombre inclina la cabeza a modo de reverencia y abre el arca de cedro sin más dilación.



Sus manos están cubiertas con gruesos guantes de caucho. Las introduce dentro del arca y con cuidado saca una caja metálica compuesta de alambres y piezas de diversos metales. Parece envuelta en rayos azulados que chisporrotean. La exhibe ante Su Majestad. En la cara del general, el funcionario y el clérigo, se advierte un gesto de gran asombro.

–¿Qué más sabemos? –pregunta la reina, tajante.

–Poca cosa, Majestad. Todavía estamos empezando a usar la electricidad gracias a los descubrimientos de Morse, Gauss y Weber. Pero este aparato ¡estaba escondido en un falso tabique en medio de unas ruinas antiguas!

Los consejeros de la reina se miran unos a otros, incómodos y asombrados.

–¿Y para qué sirve eso? –pregunta la reina en el tono lacónico de los que están acostumbrados a dar órdenes.

–Tampoco lo sabemos todavía –responde el arqueólogo–. Solo hemos descubierto que cualquier cosa que metamos dentro desaparece como por arte de magia. ¡Y vuelve a aparecer una semana más tarde!

–El diablo está en todas partes –murmura el clérigo, santiaguándose.

Los consejeros cuchichean entre ellos y luego susurran discretamente algo al oído de la reina. Ella asiente con la cabeza, mira fijamente al arqueólogo y añade:

–Don Pedro, debemos estudiar el poder de ese artefacto que parece burlar el tiempo. Crearemos una comisión específica que se encargue de ello. La llamaremos Kronos, que, como usted sabe, era el dios del tiempo en la antigua Grecia. Por lo pronto,





es preferible que a usted lo retengamos, por su seguridad. Nunca se sabe qué podría pasarle. El reino tiene muchos enemigos dispuestos a todo, y su vida podría correr serio peligro.

Los soldados agarran suavemente al arqueólogo por el brazo y lo invitan, tirando de él, a que los acompañe hasta la salida del Palacio Real.

–¡Majestad! –protesta don Pedro mientras se lo llevan–. ¡No puedo dejar mis excavaciones! ¡Sospecho que todavía hay más cosas por descubrir!



Sus palabras se pierden, opacadas por los miembros del cuerpo de guardia, que, ahora ya sin disimular, se lo llevan detenido retorciéndole el brazo.

–Este artefacto puede ser muy poderoso –interviene el general, tratando de no subir la voz y mirando de soslayo la caja metálica que aún reposa en las manos del sirviente. Sus ojos reflejan el fuego del que desea el poder.

–Ciertamente –añade el funcionario, con un brillo de codicia en las pupilas–. A todos nos interesa. Muchos pagarían enormes cantidades de dinero por tenerlo.

–¡Deberíamos destruirlo! –protesta el clérigo entre dientes–. ¡Es cosa del diablo!

Los consejeros intercambian miradas desconfiadas. Su Majestad la reina reniega para sus adentros. Hay algo en todo este asunto que no le gusta nada...

